

por la inmunidad mágica de la democracia: la justicia y la información. Aparte de la inoportunidad del caso, se le discute en términos constitucionales, en términos de separación de poderes: el judicial, en democracia, ha de ser absolutamente independiente del político. Pero es precisamente este tema del poder basado en una situación de fuerza —aunque legitimado por la democracia electoral y, sin duda, con la adhesión aún de la mayoría del país— y la relación con sus propias leyes el que aparece ahora en la discusión. La Constitución francesa, revisada varias veces por el general De Gaulle desde su acceso al poder por el pequeño golpe de estado de mayo de 1958, garantiza un poder ejecutivo fuerte, y es una respuesta a las constituciones anteriores —la IV República—, donde el poder ejecutivo aparecía como débil en un régimen de partidos políticos. Pero aún así, esa Constitución garantiza las libertades individuales y los derechos políticos de las minorías. La «represión invisible» constituiría en contornar esa Constitución de forma que las libertades garantizadas se fuesen perdiendo. Un diputado de la derecha centrista (PDM), Pierre Sudreau, teme en un reciente artículo que la opresión se ejerza por vía técnica administrativa. «El ciudadano se siente cada vez más burlado por la omnipresencia de la administración, que no cesa de extender su actividad en múltiples dominios. Se trata, sin duda, de una de las consecuencias de la sociedad moderna, en el seno de la cual el Estado es cada vez más omnipotente... El mismo cita a Michel Poniatowski: «El equilibrio que existía en Francia entre el Estado y el individuo se ha roto. La administración encierra la actividad de cada uno de nosotros de manera cada vez más estrecha. La libertad de cada uno, su iniciativa, su dignidad, están cada vez más amenazadas». Y pide Sudreau: «El Estado debe cesar de considerar al francés como un ser menor, incapaz o peligroso».

INESPERADAMENTE, esta tendencia al regreso a las leyes parece ser, por ahora, el objetivo principal de la oposición más radicalizada. Jean-Paul Sartre —que estuvo encerrado en el Sagrado Corazón— explica este punto de vista en el prólogo que ha escrito a las actas del proceso Alain Geismar: «Es preciso obligar al Gobierno —dice— y a la clase dominante a que se sirvan de las leyes existentes sin falsearlas. Es preciso, aunque no fuese más que por esta razón: si el Gobierno se atiene al código, no tiene medios para reprimir los movimientos revolucionarios».

PUEDE decirse que los incidentes revolucionarios de mayo de 1968 han sido mal saldados en Francia, y que los poderes emergidos de aquel momento no han conseguido evitar la escisión de la sociedad como pudieran haberlo hecho confiando en la fuerza, en la legitimidad y la mayoría nacional que desde entonces les amparó y que les sostiene todavía, pero que pueden perder si les rompe el espejo del orden.

Después del ataque lanzado contra ellos por el secretario general del partido gaullista, René Tomasini, los magistrados franceses se manifestaron en el vestíbulo del Palacio de Justicia de París.



PARIS.—Tres meses después de la muerte del general De Gaulle, la mayoría gubernamental heteróclita que durante catorce años se llamó el gaullismo, afronta la crisis más importante de su historia.

El problema, latente ya desde la ascensión de Georges Pompidou a la Presidencia de la República, se plantea ahora de forma aguda entre los elementos considerados como «ultras» y los partidarios de la liberación del régimen de la «nueva sociedad». El «affaire Guiot», juicio sumario y condena de un colegial a seis meses de cárcel, es el elemento revelador del malestar endémico.

Los «ultras» consideran que, desde hace unos meses, los magistrados e incluso el ministro de Justicia se muestran excesivamente generosos con los movimientos izquierdistas. El malestar crece en la policía, particularmente en los sectores de las «brigadas especiales de intervención», en los CRS y otros dedicados a la represión estudiantil.

HUELGA DEL HAMBRE

Los movimientos izquierdistas, animados por «Secours Rouge», consiguen una victoria sobre el Ministerio de la Justicia al obtener el estatuto de detenidos políticos para los estudiantes encarcelados por su participación en manifestaciones violentas. Hasta hace diez días se les consideraba y trataba como detenidos de derecho común.

Victoria difícil, conseguida después de una huelga del hambre de un mes observada por todos los detenidos «gauchistas». El ministro de Justicia, René Pleven, cede y nombra una comisión de expertos para establecer un estatuto de detenidos políticos. Pero «Secours Rouge» no se detiene ahí; continúa a la campaña en favor de la extensión de estos privilegios (derecho de visitas, de recibir libros y revistas, etc.) a todos los detenidos, incluso a los de derecho común. En una manifestación organizada la semana pasada en este sentido, un militante maoísta de veinte años, Richard Deshayes, recibe en plena cara, lanzada a bocajarro, una granada lacrimógena. El joven ha perdido un ojo, y está ahora en el hospital con el rostro completamente desfigurado. Este caso consiguió impresionar a una masa indiferente, cuando no exasperada por las acciones de los izquierdistas.

La autorización de venta pública del órgano maoísta «La Causa del Pueblo», dirigido por Jean-Paul Sartre, después de meses de recogida sistemática, fue un nuevo motivo de exasperación de los «ultras» antes de producirse el «affaire Guiot».

LA CHAQUETA A CUADROS

Gilles Guiot es un colegial de dieciocho años del Liceo Chaptal, estudiante de matemáticas superiores. El

día 9 salió del colegio, situado en el barrio de Pigalle, donde se celebraba la manifestación de «Secours Rouge» en favor de los huelguistas del hambre. Gilles Guiot se encuentra, momentos después, en un camión de la policía: «Has sido tú... —le dice un policía—. Has sido tú», es decir, el que le ha dado un bofetón a un CRS armado y escudado, tirándole al suelo. Guiot no se da por aludido; hay varios jóvenes en el camión, y cree que no se dirigen a él. Al día siguiente, juzgado por un Tribunal de Urgencia, sin abogado, es condenado a seis meses de cárcel, tres de ellos en libertad provisional.

La declaración de los policías bastó —que dicen haberle reconocido por la chaqueta a cuadros que llevaba— para esta condena. Pero resulta que Gilles Guiot no sólo era lo que se dice un empujón que nunca se metió en política, sino que, según numerosos testigos, no se encontraba en el lugar del bofetón en el momento en que se produjo.

Todos los profesores del Liceo —de derechas y de izquierdas—, todos los sindicatos de la enseñanza, todas las asociaciones de estudiantes están de acuerdo: Gilles Guiot es inocente, y la justicia ha sido demasiado expeditiva.

La solidaridad de los colegiales y profesores con Gilles Guiot es inmediata: huelgas en casi todos los liceos, manifestaciones en las calles, clima de «pre-mayo». «Va a ser peor que en mayo del sesenta y ocho», me dijeron tres colegiales que hacían «auto stop» camino de Sèvres. La Asociación de Padres de Familia, grupo conservador, lamenta que «la detención y condena sin abogado defensor del joven Gilles Guiot ensanche y refuerce un movimiento de agitación que se había iniciado por distintos motivos». Por su parte, y por no citar más, el derechista «L'Aurore» escribía que «el problema consiste en saber si Gilles, que no se metía en política antes de entrar en la cárcel, no se va a meter al salir».

COBARDES Y DOMESTICADOS

Este es el momento que elige al secretario general del partido «gaullista», René Tomasini para lanzar un ataque virulento contra la Justicia: «Si se han reprimido actos contrarios a la ley de forma lamentable, la culpa debe recaer sobre la cobardía de los magistrados y no sobre las encargas de reprimir estos actos»; contra los periodistas, en especial los de la primera cadena del OTF, «domesticados por los adversarios de la libertad»; contra el primer ministro, Chaban-Delemas, que se ha «equivocado» en su política de la liberalización de la información. La primera reacción proviene del ministro de Justicia, René Pleven, que manifiesta su «estupefacción». Siguen los periodistas y los magistrados: los primeros declaran que las palabras de Tomasini se sitúan «al borde de la difamación», mientras que algunos jueces aseguran que hay

LA HERENCIA DEL GENERAL

materia para llevarlo a los tribunales y que se debe hacer.

Sin embargo, el secretario general del UDR había dicho «que media sus palabras». Hay que estimar, pues, que un grupo gaullista creyó llegado el momento de lanzar la batalla. ¿Qué grupo? Según Edgar Faure, «hay motivos para creer que los elementos más reaccionarios del UDR se han apoderado del aparato del Partido». En efecto, al parecer, buen número de diputados UDR aprobaron —o incitaron— a René Tomasini, así como varios sindicatos de policía y los famosos Comités de la Defensa de la República (CDR), creados por el general De Gaulle en los momentos más difíciles de mayo de 1968.

El «affaire Gulot» ha tomado dimensión política: continúan las manifestaciones estudiantiles, los magistrados observan unánimemente un movimiento de huelga, el Consejo de Ministros estudia las declaraciones del secretario general del UDR. Desaprobación total. Pompidou rinde un homenaje a la «integridad de los magistrados» y decide limitar, en el futuro, la duración de sus viajes por el extranjero: la crisis de mayo del 68 ocurrió cuando De Gaulle se encontraba en Rumanía; esta vez Pompidou recorre media África...

Por su parte, Tomasini retrocede a medias. Retira todo lo que dijo sobre los magistrados, renueva su confianza en Chaban-Delmas, pero mantiene lo relativo a la domesticación de los periodistas del ORTF. Y añade una frase muy significativa: «He querido dar un nuevo vigor a las elecciones locales del UDR».

ANTE LAS ELECCIONES

En efecto, el gaullismo no ha conseguido, al cabo de catorce años, implantarse sólidamente en las provincias a nivel de los municipios. Lyon, Marsella, Niza y tantas otras grandes ciudades alguien en poder de la oposición, centrista o de izquierda. Dentro de un mes se celebrarán las elecciones municipales. ¿Ha querido Tomasini volver a crear el reflejo del miedo en vistas de estas elecciones? En una Francia «a la vez inquieta, conservadora y egoísta», como escribe «Le Monde», el mecanismo de violencias-represión el restablecimiento de la situación ha sido favorable «mayo-junio del 68) al gaullismo. Los provincianos comprenden mal las acciones de los «gauchistas» parisienses, y las palabras de Tomasini han tenido cierto eco en los Comités de Defensa Republicana de provincias, como en Dijon.

El terreno de ataque ha sido mal elegido, el momento también. Los duros retroceden. Tomasini ofrece su dimisión al Comité del UDR. Michel Debré, que critica duramente al secretario general, considera que una dimisión en estos momentos sería catastrófica en las elecciones. Los liberales y tecnócratas del gaullismo se unen: Chaban-Delmas, Edgar Faure, Jacques Duhamel, Giscard d'Estaing. Edgar Faure, cuyas aspiraciones supremas nadie ha olvidado, recomienda al yerno del general De Gaulle, Jacques Vendroux, que no abandone el UDR: «Que lo abandonen los que han entrado por la derecha», añade.

El viernes, el Tribunal de París se reúne para examinar de nuevo el caso de Gilles Gulot y determinar su inocencia: Gulot es abusivo. Pero ello no consigue anular la crisis política que se ha abierto en el gaullismo. ■ R. L. CH.

COLOQUIO CON LUKACS: CIBER

NAPOLEON Y LAS MATEMATICAS

LUKACS.—Las matemáticas no son exactamente la realidad, sino una gran abstracción disantropomorfizada. Según aquella extrema extrapolación que hoy se llama futurología, se llega al punto de creer que si algo es cierto matemáticamente debe de ser cierto también en la realidad. Pero es un error. Un amigo matemático me ha proporcionado este ejemplo y ya que me parece muy divertido lo voy a repetir aquí. Si digo que dos menos cinco son tres expreso una verdad matemática sobre la que no existen dudas. Pero si en cambio digo: en esta habitación hay dos hombres, se van cinco, quedan menos tres, habré dicho una estupidez absoluta, algo que no puede existir en el mundo. Porque no existe. Matemáticamente puedo convertir en menos de todo lo que yo quiera. Pero en la realidad me es imposible, me lo impiden las estructuras de la realidad misma. En un sistema geométrico, los signos más y los signos menos son puramente convencionales: incluso si convierto un más en un menos puedo seguir contando como he aprendido desde siempre. Pero si digo, por ejemplo, que un elefante es un animal grande, será, desde luego, algo matemáticamente inexacto, pero, al mismo tiempo, algo completamente seguro, fuera de toda duda, ya que, a pesar de todo, el elefante es más grande que el perro. No todas las realidades matemáticas se corresponden con verdades en el mundo y viceversa. Finalmente, la historia no es susceptible de ser interpretada con las matemáticas. Si observamos el pasado podremos perfectamente individualizar las tendencias históricas más importantes: si estudio la economía feudal y la comparo con la economía capitalista descubriré los caminos que llevan del capitalismo al feudalismo y al mismo tiempo las tendencias importantes de esta y de aquella época. Pero si observo el capitalismo de hoy, no seré capaz de predecir lo que será el de mañana o el de pasado mañana. Es aquí donde actúa el futuro. Si cuento de uno hasta cien y mis cuentas son ciertas, serán también ciertas desde cien hasta mil. Pero si hago estudios de economía que hoy me parecen correctos, ¿cómo podré saber que las cosas marcharán de la misma

manera mañana o pasado mañana?

El peligro de la extrapolación

—Pero aquí mismo, debajo de nosotros, por las calles del largo Danubio, transcurre la vida de una sociedad que afirma que está basada en la previsión, en los planes quinquenales, en los proyectos de desarrollo. ¿Esta sociedad no representa posiblemente un intento continuado por predecir lo que pasará mañana? O, por el contrario, ¿debemos considerarla como víctima de una ilusión?

LUKACS.—Sabemos perfectamente qué porcentaje de estas previsiones se concreta después en la realidad. Muy pequeño. ¿Quiere un ejemplo banal? Tomemos el de la moda: Este año todo el mundo —los sastres, los fabricantes— esperaba que la minifalda terminase su existencia. Por el contrario no ha sido así. Voy a contarle un chiste que ha tenido mucho éxito aquí, en Hungría. Un tipo se dirige al Ministerio de la Guerra en Washington, en donde todo lo que se refiere a la guerra del Vietnam es calculado con máquinas cibernéticas de lo que se obtienen resultados matemáticamente exactos. El tipo hace una pregunta a los funcionarios del Ministerio: «¿Cuándo conseguirán vencer los americanos al Vietcong?». La máquina hace sus cálculos y la respuesta que se obtiene es la siguiente: «El Vietcong ha sido batido hace ya dos años». Puede darse el caso de que el Vietcong haya sido vencido en las máquinas cibernéticas, pero esto no quiere decir nada: el problema consiste en saber si ha sido vencido en el campo de batalla o no.

—Pero un error de cálculo de este tipo podría derivarse del hecho de que no hayan sido puestos en la máquina todos los datos o de que alguno estuviese equivocado.

LUKACS.—Nunca se podrán poner todos los datos, puesto que no existe en la realidad un objeto que no tenga innumerables cualidades e innumerables relaciones con el mundo exterior. Incluso cuando conocemos perfectamente una cosa, conocemos sólo una pequeñísima parte de sus

cualidades y de sus relaciones; y nuestros cálculos se hacen sobre esa pequeñísima parte. Si hacemos los cálculos de forma estadística y obtenemos toda una serie de similitudes, diremos: «Es ciertamente así». Pero mi punto de partida es el siguiente: si entre A y B existe una relación X, esta misma relación X puede no existir entre A y B. Puede darse lo contrario. Este límite de las posibilidades de las matemáticas es también un límite a las posibilidades de extrapolación, es necesaria una política incluso en un mercado que funciona en unas condiciones óptimas. Tomemos el ejemplo de la ropa de mujer: las mujeres no tienen solamente una talla treinta y ocho, cuarenta, cuarenta y dos o cuarenta y cuatro; cada una de ellas tiene voluntad propia, y es éste el punto donde cometería el error quien hubiese contado con la extrapolación. No se habrían producido muchas de las grandes sorpresas comerciales o productivas si el método de la extrapolación fuese un método seguro y no peligrosísimo como es en realidad.

—¿Permite, profesor, que volváramos a la minifalda? La previsión de que este año las mujeres debían abandonar la minifalda no depende solamente de un cálculo estadístico, sino también de un cálculo de intereses. ¿Acaso los sastres y los fabricantes no jugaban un importante papel en este cambio de moda?

LUKACS.—Esto no quita que, interese o no, en las manipulaciones del mercado el cálculo sea hoy día uno de los elementos más importantes. Pero no solamente en el mercado. Haga usted una comparación entre las guerras griegas de la antigüedad y la moderna del Vietnam y verá que el elemento matemático es mucho más importante en la guerra del Vietnam de lo que era en la batalla del Maratón. Y no tanto porque los ejércitos modernos sean mucho más numerosos que los de antaño. Los ejércitos de Napoleón, por ejemplo, eran tan grandes como el ejército americano en Vietnam. Pero los planes bélicos de Napoleón estaban basados fundamentalmente en la cualidad, mientras que la guerra del Vietnam se puede decir que es una guerra puramente cibernética.

—Cibernética por parte ameri-